

# Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz-Ferreira

(Concluye. Viene del número anterior).

## 4

### Otras poesías

«Allá por el camino, triste y cansada,  
la viejecita viene con paso lento  
cantando con voz queda como un lamento  
el antiguo estribillo de una balada.  
Aunque muere en sus labios ya la tonada,  
aunque es como un suspiro débil su acento,  
concentrando en la estrofa su pensamiento  
ameniza lo rudo de la jornada.  
Mas de pronto se nubla su faz serena  
y calla: ¿qué recuerdo le causa pena?  
Su semblante se enciende de honda tristeza  
y un sollozo se escapa de su garganta,  
que es la nota apagada con que ella empieza  
la balada más triste de las que canta».

Este poemita de un ritmo casi musical, de un sentimiento tan tierno y hondo, tiene su historia, su antecedente, como todo lo humano.—Niña aún, la poetisa pasaba con su madre por un bazar, y allí de una mirada divisó un cuadrito sugestivo; quiso comprarlo, pero por circunstancias ajenas no lo hizo suyo.— Pero, para el poeta, poseer es cosa fácil: con su imaginación todo lo abarca y todo lo acaricia su musa amorosa.— Cuando el cerebro tiene una idea, el alma tiene sus alas, dijo el divino Platón.

De esa poderosa sugestión nacieron esos versos.

«La burbuja  
de champaña  
que en tus labios se evapora,  
la dorada  
crisantema que en el mármol  
de tu mesa se refleja,  
.....  
todas esas moribundas  
son mis pálidas hermanas;  
todas esas que te dan su vida entera,  
todas esas que te dan toda su alma  
tiernamente, dulcemente, tristemente,  
sin que tenga su agonía ni siquiera la piedad de tu mirada».

Este es el canto último del libro manuscrito, y para mí simboliza la extraña tristeza, «la melancolía medio neurótica» que siempre acompaña a la musa de la poetisa.

En idioma de selecta riqueza de imágenes, que rivalizan en belleza, nombra a sus pálidas hermanas: las tristezas extrañas y sin fin, los amores que nacen bellos para concluir en pesares.

## 5

**Conclusiones.** — *El motivo de esta poesía.* — *Su expresión.* — *Sitio ocupado por María Eugenia Vaz-Ferreira en el Parnaso Uruguayo.* — *Alegoría al respecto.*

Lo triste, aquello inevitable de desilusión que llevan como gérmenes fatales todas las cosas humanas, constituye el gran inspirador de nuestra poetisa.

Para expresar esos pesares que las almas selectas conocen a fondo, esa suprema neurastenia, ese hastío más o menos pronunciado que llevan de la vida todos los poetas, María Eugenia Vaz-Ferreira acude en primer término, a la *sinceridad de oro* de su corazón, fuente de la energía y de las emociones intensas que produce su poesía, en segundo a la naturaleza, hermosa y eterna promesa de un más allá más justo para la poesía y para los poetas.

Creo que los numerosos ejemplos citados de esta poesía fuerte y honda, justifican las premisas sentadas al principio de este ensayo.

Tres poetas, a mi modo de ver inductivo, en el Uruguay, por la época en que andamos, llevan en su obra y en su vida, la belleza de su originalidad y la marcada individualidad; ellos son: Zorrilla de San Martín, María E. Vaz-Ferreira y Julio Herrera y Reissig. Para mí, cada uno de éstos, es una personalidad y representa una influencia: Zorrilla, la tradición hispana y cristiana; María Eugenia Vaz-Ferreira, la tendencia nórdica de cantar la vida interior, «sus sueños y sus aspiraciones... su concepción tempestuosa o luminosa de la belleza y de la verdad... sus visiones;»<sup>(1)</sup> y Julio Herrera y Reissig, el alma modernista de París.

Tres escuelas, dos príncipes y una princesa, a cuyas cortes respectivas vienen a ventilar sus ansias de lo bello y de lo extraño, sus gustos de aristócratas intelectuales, las pléyades juveniles y todos los demás poetas.

Para precisar bien estas ideas, me voy a permitir traducirlas por una imagen o una alegoría, figura favorita de las almas inquietas.

Supongamos una reunión de los poetas uruguayos como las que tenían lugar en la genial Atenas, alrededor de Platón, Sócrates o Aspasia: en la Edad Media, en los castillos ancestrales, y hoy, en los salones del estético París.

En el fondo del jardín de esta novel academia ática está Zorrilla de San Martín conversando con Magariños-Cervantes y Figueroa, nobles *pioneers*, mientras cruzan por su imaginación y razón claras las sombras de Artigas y de Tabaré. Muy cerca de estos areopagitas, están las poetisas María H. Sabbia y Oribe y Ernestina Méndez Reissig, amistosamente entrelazadas como dos atenienses, sonrían al bardo cristiano y se cuentan sus vidas sencillas, pero bellas. Más allá, tendiendo su mano hacia un brazo de la lira zorrillana, está Raúl Montero Bustamante, pensando en cantar a los héroes de la patria. A lo lejos se avista una cabalgata poética guiada por Roxlo, hecho una llama, tan intensa en su inspiración fogosa: canta con calor a la tierra en que nació y soñó. Lo acompañan Elías Regules, Antonio Lussich, De-María y otros bardos que adoran la vida del campo americano.

Cerca de éstos cabalgan también, tres trovadores del gayo amor: Guzmán Papini y Zas, Emilio Frugoni y Ricardo Passano. El primero se inspira en la exuberante vida de Andalucía; el segundo busca en Italia la suavidad y melancolía de su musa; el tercero en el hogar, en los sentimientos nobles del corazón escucha sus inspiraciones.

(1) Taine: *Notes sur l'Angleterre*, pág. 362.